

- a) En cuanto a la no-actividad:
 - 1) Prescripción: se trata de una inactividad genérica.
 - 2) Caducidad: se trata de una inactividad respecto de un específico comportamiento.
- b) En cuanto al término:
 - 1) Prescripción: el término es susceptible de reproducirse indefinidamente mediante la interrupción y puede ampliarse mediante la suspensión.
 - 2) Caducidad: el término es rígido.
- c) En cuanto a la eficacia:
 - 1) Prescripción: tiene eficacia preclusiva.
 - 2) Caducidad: tiene eficacia extintiva.
- d) En cuanto a la función:
 - 1) Prescripción: existe la exigencia de que no queden sin ejercicio los derechos por razones de certeza.
 - 2) Caducidad: Existe la diversa exigencia de que ciertos derechos sean ejercitados específicamente en un término breve; existe, pues un interés al pronto ejercicio.⁽⁴⁸⁾

(48) En materia de caducidad puede distinguirse entre el fundamento general (unitario) y las particulares razones sustanciales en que se apoyan las diversas caducidades. El fundamento general se encuentra en la exigencia de cumplimiento dentro de un término dado, fijo; se trata de una exigencia positiva, a la cual, precisamente, se coordina la caducidad, en vía preventiva, con la estatución de un término, además de perentorio, normalmente breve. En cuanto a las segundas (particulares razones sustanciales) éstas pueden tener fines de orden público o de orden privado. V. TEDESCHI, Op. cit., pág. 791.

“DE LA VIRTUD QUE HACE REGALOS”

(En “Así hablaba Zaratustra”)

Lic. Luis Guillermo Coronado Céspedes
Profesor de Filosofía.

INTRODUCCION

Es necesario, al emprender la tarea de comentar el discurso de Zaratustra titulado "*De la virtud que hace regalos*", ofrecer algunas indicaciones sobre su ubicación en el todo de la obra, y su significación dentro de la primera parte.

El "*Así hablaba Zaratustra*" presenta cuatro partes, empero ellas no fueron escritas ni al mismo tiempo ni en la misma actitud. Las tres primeras son el resultado de cortos pero intensos períodos de inspiración (aproximadamente de diez días); la cuarta es, en cambio, mucho más trabajada y pensada. En efecto, habiendo sido Nietzsche conmovido brutalmente por la percepción de su pensamiento abismal — Sils-Maria, 1881—, y "asaltado" por la figura del Zaratustra —Rapallo, finales de enero de 1883—, escribió en diez días de intensa actividad, que él mismo describe como de estado de inspiración (*Ecce Homo*), la parte primera del "mayor regalo que ha recibido la humanidad"; del 1 al 10 de febrero de 1883. Poco más de dos meses después, y de regreso al "lugar sagrado" donde descubrió el significado pleno del "eterno retorno de lo idéntico", también en diez días —26 de junio a 6 de julio— redactó la segunda parte. La tercera será escrita en Niza, del 8 al 20 de enero del año siguiente. Esta última parte, al igual que las anteriores es de asombrosa realización, y de una fuerza y espontaneidad sublimes. Se debe notar que hasta aquí estaba completo el Zaratustra, de acuerdo con la intención original de Nietzsche. La cuarta parte fue escrita en el transcurso de los meses venideros, y publicada en forma privada en 1885; como se ha indicado antes, ella fue realizada de manera más elaborada, con mayor espíritu de orfebrería, y específicamente estaba destinada a ser la primera sección de una obra futura, la cual nunca cuajó. Por último, recuérdese que no fue sino hasta el año de 1886 en que el mismo Nietzsche unió las cuatro partes en un solo volumen, cada una de ellas había sido publicada por aparte, y el "*Así hablaba Zaratustra*" adquirió la entidad con que ha pasado a la posteridad.

"*De la virtud que hace regalos*" forma parte de la primera sección de la gran obra nietzscheana, y en particular, es la pieza que cierra dicha sección. Ahora, si planteamos la hipótesis, plausible a

todas luces, de que Nietzsche no tendría en aquel entonces la intención de continuar la redacción de su "Zaratustra", resulta que ella adquiere un mayor significado. En efecto, considerado como conclusión, este discurso posee el sentido de una recapitulación total, y por consiguiente, su retorno a los temas principales del Prólogo: la muerte de Dios, el anuncio del superhombre, el sentido de la tierra, evidencia ser algo más que una forma retórica. Por otra parte, su tema clave: la virtud curativa y la tierra transformada en lugar de curación, abre la puerta a una serie de posibilidades futuras, tanto literarias —continuación de la prédica de Zaratustra en sus retornos a los hombres y en su cueva de la montaña, cuarta parte— como doctrinales de inmenso valor en el pensamiento nietzscheano. Posibilidades en las que Nietzsche seguirá trabajando durante el resto de su existencia consciente. Mas, en este discurso estará el núcleo de todo lo futuro.

En síntesis, el "discurso" que nos interesa analizar corresponde a un instante clave de la estructura del "Zaratustra". Culmina el primer proceso de creación de la obra y encierra lo mejor del mismo. Concluye la primera incursión del profeta del superhombre en el mundo de los valles —de los hombres; señala su regreso a la soledad de las montañas; no obstante, deja abierta la posibilidad —como analizaremos en breve— de un retorno, quizás de varios.

Dividiéndose este discurso en tres partes, básicamente por motivos dramáticos, aunque también por el contenido de su mensaje, haremos toda nuestra interpretación siguiendo tales divisiones. En consecuencia, ¡a la tarea!

PRIMERA PARTE.

La primera cosa que llama la atención es su referencia al "discípulo". La imagen del discípulo —aparte de la referencia a los evangelios cristianos— tiene connotaciones que realmente nos interesan. En este trozo inicial del discurso, implica la oposición compañía-soledad. En cambio, en el fragmento final, sugiere y explicita la fuerte crítica nietzscheana del creyente. En la primera acepción, "discípulo" supone la intención de Zaratustra de dirigirse, de atraer, de pescar solamente a unos pocos hombres. Esta intención permea todos los discursos de esta primera travesía con los hombres. Ella es el resultado del primer gran fracaso en la prédica de Zaratustra a los hombres. Pero, antes recordemos que Zaratustra se había retirado a las montañas con el fin de enriquecerse con la meditación y luego dar.... Cuando está pletórico, decide descender hacia los hombres, iniciar su ocaso, y en ese su descenso encuentra al eremita que alaba a Dios; en ese encuentro realmente no se entabla comunicación entre ambos, y la gran noticia no es comunicada al santo. A continuación, y esto

es lo que interesa, Zaratustra inicia su primera gran prédica en la plaza del mercado. Aparte del contenido de la arenga, especialmente del anuncio del superhombre y de la descripción del último hombre; además del bellissimo efecto dramático de la participación del volatinero y de su muerte, lo que realmente importa enfatizar aquí, es el total y absoluto fracaso de Zaratustra: se dirigió a todos, se dirigió a los más, al pueblo, y el resultado es que no tienen oídos para sus palabras. El mensaje de Zaratustra no debe ser dirigido a la plaza, se infiere como resultado; el mensaje no debe perderse por querer llegar a las mayorías que no están ni pueden estar preparadas. La actividad de convencimiento del profeta debe estar dirigida a un pequeño grupo, a unos elegidos, a unos discípulos.

"Compañeros de viaje vivos es lo que yo necesito, que me sigan porque quieren seguirse a sí mismos y vayan allá donde yo quiero.

Una luz ha aparecido en mi horizonte: no hable Zaratustra al pueblo, sino a compañeros de viaje!

Z. Prólogo. Nº 9.

He aquí la expresión poética del fracaso y de la nueva vocación: discípulos... ¡Alto! No continuemos sin observar un detalle altamente significativo: Cristo eligió a sus discípulos, los llamó y éstos lo siguieron; Zaratustra quiere discípulos, quiere elegidos, pero que realmente ellos mismos hayan decidido serlo. Una diferencia preñada de consecuencias.

Zaratustra ha decidido tener compañía, de pocos es cierto, pero compañía al fin. Y ello por la necesidad de que su mensaje llegue a manos humanas. Sin embargo, en la figura de Zaratustra hay un rasgo que le es esencial: la soledad. Y no sólo en él, sino en su mensaje: "Huye, amigo mío, a tu soledad".

La soledad la encontramos en el inicio de la obra, como elemento dramático insustituible —y con implicaciones doctrinales y polémicas claras—: Zaratustra se retira a la montaña, a las alturas, lejos de la compañía de todo hombre. De todo lo humano, recalcamos, puesto que permanecen cerca y con él sus dos animales: el águila y la serpiente.

Solamente gracias a esa soledad puede el hombre encontrarse a sí mismo y a su auténtico sentido. Por ello debe renunciar a la masa; separarse de los mediocres, de los superfluos. Mediante la soledad debe elevarse al nivel de creador: los creadores son solitarios —Nietzsche fue un solitario, y qué trágica fue su soledad—.

También, la soledad está presente al final de la comunicación con los hombres. Zaratustra debe dejar a sus discípulos. Zaratustra debe refugiarse nuevamente en sí mismo, esto es, obtener mayor riqueza para ofrendar. No obstante, en este momento la referencia a la soledad tiene un significado mucho más preciso: los discípulos deben quedarse solos. Ellos deben ser separados para no ser opacados y arrastrados por el profeta; para que sean auténticamente iniciados.

Esta es la primera significación del término "discípulo", la segunda será estudiada en la tercera parte de este comentario.

A continuación hallamos la clave dramática de todo este discurso: el cetro de Esculapio. Un bastón ha sido regalado a Zaratustra por el grupo de discípulos, y motiva la disertación del profeta, del superhombre. Ahora bien, el símbolo de Esculapio es el símbolo del médico. ¿Mas, es Zaratustra un médico? Sí, en verdad lo es. Es el médico de los hombres y de esta tierra. Es el anunciador de la transformación de este mundo enfermo. De este mundo infectado por tablas de valores caducas; tablas de valores negadoras de la fuerza de la vida; tablas dependientes de realidades trascendentes. Sin embargo, Zaratustra no se refiere a este mundo en el sentido de los desprecia-dores de lo terrestre, los que se salvan negando. No, Zaratustra lo que lega es una nueva virtud, una gran virtud: la virtud que hace regalos.

La virtud que hace regalos, la virtud curativa, la virtud más alta. A la que aspiramos todos y que transformará este nuestro mundo.

La virtud que 'hace regalos' puede ser *caracterizada* enumerando algunas de sus propiedades: ella es la que da, la que se ofrenda, la egoísta; la virtud como poder, la virtud creadora.

Cuando Zaratustra nos habla de esta la más alta de las virtudes, nos la presenta como la que no exige recompensa sino que ofrenda. Esta caracterización tiene dos vertientes: la una negativa y la otra positiva. En la primera, Zaratustra se enfrenta a la virtud que exige recompensa o venganza; se enfrenta a la virtud en sentido cristiano, en cuyo dominio la virtud solamente tiene sentido, se justifica y se busca en nombre de lo que ella puede obtener. Y esta virtud negativa puede obtener recompensa en tanto propende a una vida eterna, sobrenatural, o bien venganza, en tanto que sirva para negar la fuerza vital de los hombres verdaderamente tales —refiérese esto, por ejemplo, al problema de la genealogía de la moral y su oposición: nobles-viles— y este tema se proyectará en la segunda parte del "Zaratustra", en la sección titulada de "los virtuosos". Por el contrario, en la vertiente nietzscheana, la virtud ofrece, entrega, en lugar de exigir o pedir. La virtud se vuelca hacia los demás entregando todo lo que ella contiene; el hombre se ofrenda a los demás con toda su riqueza interior, puesto que él quiere ser regalo y ser víctima; quiere ser 'ocaso'. El hombre, mediante la más alta de las virtudes, prepara el terreno para su superación, para el advenimiento del superhombre. Por el contrario, la virtud que exige recompensa preserva al hombre superfluo, al último hombre.

Paralelo a la anterior descripción de la virtud que hace regalos, hallamos el enfoque de la distinción entre un egoísmo positivo y otro negativo. Esta virtud, la más alta, la que se ofrenda —como se ofrenda Zaratustra— debe poseer lo que va a entregar, y además debe poseer en grado sumo. Por consiguiente, para lograr en forma plena poseer debe querer y buscar cada vez más. Ella, entonces, supone un egoísmo. Un egoísmo, un sano egoísmo, que tienda a proveerla de mayores riquezas interiores que puedan, a su vez, ser arro-

jadas hacia los demás. Este egoísmo busca un acumular cada vez más, para que el hombre pueda darse totalmente, y darse entregando verdaderamente algo valioso. Y al hacerlo, lograr su 'ocaso'.

En el propio Prólogo ya Zaratustra había anunciado, en parte, este converger de la virtud más alta, del egoísmo y del darse. Allí nos dice:

"Yo amo a aquel cuya alma se prodiga, y no quiere recibir agradecimiento ni devuelve nada: pues él regala siempre y no quiere conservarse a sí mismo".

Z. Prólogo N° 4.

El otro egoísmo, el negativo, es el bajo y vil buscar para sí mismo. Es el sentimiento propio de los mediocres, de los débiles, que lo que ansían es acumular, pero no para dar a otros, sino para en-cerrarse en sí mismos. Y podemos insinuar que no se vuelcan a los demás puesto que no tienen que dar, a pesar de sus acaparamientos, pues de lo que están faltos es de calidad humana, de entidad onto-lógica. No son materia transformable en lo superior; son reactivos. El egoísmo negativo es la codicia; la codicia de un querer autopreservarse —por eso busca la vida eterna—. Una codicia que tiende a mantener la primacía de lo bajo, y que impide el reconocimiento de que el hombre es algo que debe ser superado; que el hombre debe ser un puente.

Por último, veamos como esta virtud que se ofrenda debe considerarse, también, como poder. La más alta de las virtudes está muy lejos de ser entendida como algo pasivo, como algo estático, sino que ella es capacidad, poder, aptitud. Aun cuando ella tiende a un darse, a un entregarse, a un aniquilarse en su ocaso, todo esto, en lugar de denotar debilidad, implica poderío. Puesto que, para Nietzsche, el mayor poder es el deseo de ser superado y cumplir con nuestra necesidad. La virtud que hace regalos es, pues, una realidad que está muy cercana a la areté griega. Ella es poder, capacidad, habilidad, manantial de nuevas posibilidades.

"Poder es esa nueva virtud; un pensamiento dominante es, y, en torno a él, una alma inteligente".

Z. PI De la virtud que...

Entendida de esta manera, la virtud que nos proporciona Zaratustra es el polo opuesto de la virtud judeo-cristiana. Este es el significado doctrinal oculto detrás de lo que describimos. Para Nietzsche, la virtud judeo-cristiana es fundamentalmente la vocación de no hacer; por ello, la virtud se define en forma negativa. Esa virtud impide hacer; niega la fuerza plena de la vida. En síntesis, la virtud opuesta a la virtud como poder es: la virtud como "adormidera".

La virtud como poder significa también virtud creadora. Es la virtud del creador. Empero, dejaremos este rasgo para la sección siguiente.

SEGUNDA PARTE.

En esta segunda parte, es donde aparecen formulados nuevamente muchos de los grandes temas del Prólogo y de los discursos anteriores. Así que doctrinalmente ella no aporta cosas nuevas. Sin embargo, por su carácter de discurso final, las doctrinas reformuladas adquieren el sentido de sentencias que resumen todo el cúmulo de enseñanzas de la prédica de Zaratustra. En realidad, pareciera que Zaratustra quiere labrarlas en las mentes de sus discípulos.

Toda esta segunda porción del discurso está dominada —creemos— por un tema primordial, que recibiendo diversas tonalidades y desarrollos, engloba las diversas enseñanzas que Zaratustra repite nuevamente. Dicho tema es el llamado al “sentido de la tierra”. En efecto, Zaratustra conjura a sus discípulos: “Permaneced fieles a la tierra, hermanos míos, con el poder de nuestra virtud!”.

Este llamado, esta exigencia, está preñado de significaciones. Por una parte, trae consigo la muerte de Dios: no interesa un volver los ojos a la divinidad, a lo trascendente, sino que debemos tender hacia lo humano. Por otra, el sentido de la tierra está dado por el superhombre. Y el superhombre es el creador, el creador de nuevos valores, que como creador es el solitario por excelencia.

¡Paciencia! avancemos poco a poco.

El llamado por el sentido de la tierra: fidelidad a la tierra, fue lanzado por Zaratustra en su primera prédica a los hombres —en la plaza—, de la cual ya conocemos el resultado. En ella, el gran anuncio es el superhombre, y sin embargo, este superhombre no es más que el sentido de la tierra. Y afirmamos tal cosa, puesto que en ese su primer discurso aparecen tres elementos básicos: superhombre, sentido de la tierra, y muerte de Dios. Pero, las relaciones internas entre estos tres conceptos son tales, que convierten al segundo —sentido de la tierra— en el primordial. Con el fin de verificar nuestro aserto, citaremos a Nietzsche:

“El superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra!

¡Yo os conjuro, hermanos míos, *permaneced fieles a la tierra* y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores, lo sepan o no.

En otro tiempo el delito contra Dios era el máximo delito, pero Dios ha muerto y con El han muerto esos delincuentes. Ahora lo más horrible es delinquir contra la tierra y apreciar las entrañas de lo inescrutable más que el sentido de aquella!”.

Z. Prólogo. N° 3.

Pues bien, tal énfasis en el sentido de la tierra, supone el rechazo de todo lo que se ocultaba tras la presencia del Dios que ha muerto —y posiblemente es lo que significa nuestro filósofo con tal expresión—, a saber, el reino de lo trascendente, de lo ideal, de las

hipóstasis platónicas. El sentido de la tierra impide el que la virtud se asiente —más bien se pierda— en lo alto, en lo sobrenatural, en lo eterno.

Zaratustra sentencia:

“No dejéis que vuestra virtud huya de las cosas terrestres y bata alas hacia paredes eternas! ¡Ay, ha habido siempre tanta virtud que se ha perdido volando!”.

Z. PI, De la virtud que . . .

La enfermedad de lo trascendente, que será una de tantas a curar por Zaratustra médico, y ya conocemos el bálsamo que empleará, la ha descrito Nietzsche de manera perfecta en su “De los trasmundanos”, uno de los discursos anteriores. El detectar esta contaminación y el proponer su eliminación, es uno de los logros más sobresalientes del pensamiento de Nietzsche. Pues, ni importa cuál rama del quehacer humano tomemos en consideración, lo cierto es que esta peste está presente y qué estragos ocasiona: filosofía, arte, religión, política, y hasta en la ciencia.

Claro está, que el rechazo de los “trascendentes” implica una total vuelta a lo inmanente. Y este es el sentido del “sentido de la tierra”. Zaratustra lo expresa con furia:

“Conducid de nuevo a la tierra, como hago yo, a la virtud que se ha perdido volando —sí, conducidla de nuevo al cuerpo y a la tierra: ¡para que sea la tierra su sentido, un sentido humano!”.

Z. *idem*.

Otro de los temas ya tratados, y que nuevamente aparece en este discurso es el del creador de los valores. El llamado de Nietzsche a que el hombre sea el creador de los valores, un creador constante, un creador que no se deje domeñar por los valores establecidos en el pasado. Un creador que no se detiene ante nada. Aquí emerge el tema por excelencia de la filosofía nietzscheana: el problema de los valores. El problema del valorar y del valor de los valores. Y particularmente, el problema es: solamente el hombre crea valores, y sin embargo, luego de ser creados por él, ellos son capaces de doblegar a los hombres. Pero esto es inadmisibile, ya que niega la esencia del hombre. Por consiguiente: destruid, hombres creadores.

“Vuestro espíritu y vuestra virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos míos: ¡y el valor de todas las cosas sea establecido de nuevo por vosotros! ¡Por eso debéis ser luchadores! ¡Por eso debéis ser creadores!”.

Z. *idem*.

De las muchas ocasiones en que Nietzsche ya había anunciado esta actitud del creador, esto es, del hombre auténtico, sobresalen las del Prólogo N° 9 y la del primer discurso, esto es, “De las tres transformaciones”. Y en él, el símbolo del “niño”.

"Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí.

Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa un santo decir sí: el espíritu quiere ahora su voluntad, el retirado del mundo conquista ahora su mundo".

Z. P I, De las tres...

Y por último, podemos hacer referencia al tema del superhombre. Pero, ahora como un reto a los elegidos, a los solitarios, a los mejores. Y de tales elegidos cabe decir lo que apuntamos en la primera parte: los elegidos por ellos mismos.

TERCERA PARTE.

El factor dramático es la despedida. Como lo apuntábamos arriba, la soledad aparece también al final de la prédica de Zaratustra. El debe regresar a sus montañas. Ha dado su mensaje, y ya no puede hacer más. La tarea inmediata corre de parte de los discípulos: ellos deben rumiar y apropiarse del verdadero significado del mensaje. Y lo deben hacer de tal manera que el magnetismo personal del profeta no imponga la aceptación. Ellos, los elegidos, deben comenzar a ser verdaderos discípulos, lo que exige el romper con el maestro. Romper con el maestro con el fin de elevarse hasta su nivel. "Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre fiel".

Nietzsche nos proporciona, entonces, el segundo significado del término "discípulo" —el cual habíamos dejado pendiente—. Aquí, discípulo está en resonancia con "creyente", con seguidor. Y sin embargo, Zaratustra se plantea toda una distinción entre las actitudes de los discípulos. Ciertamente, por un lado está el discípulo que recibe un mensaje, una nueva verdad, pero que acogida se enfrenta a ella y la hace verdaderamente suya. El discípulo que se planta ante el maestro y replantea todo lo aprendido. Es el discípulo con verdadera vocación de recrear la enseñanza, y no con el solo deseo de doblegarse ante la nueva enseñanza. En él, Zaratustra personifica el rechazo de la docilidad, que no es más que la ciega aceptación de una revelación.

Por la otra parte, y aquí Nietzsche realiza toda una crítica a la psicología del "creyente" en sentido tradicional, aparece el discípulo como el que no busca, no recrea, no se enfrenta, sino que simplemente acepta. Empero, ¿cuál es el defecto primordial de un discípulo de tal tipo? La respuesta, que tiene profundas consecuencias en el pensamiento actual, es: el "creyente", al apegarse totalmente a su maestro, lo que busca es refugiarse en otro para dejar de ser él mismo. Busca el no tener que afrontar el excesivo peso de ser él mismo, y para evitarlo no hay solución más perfecta que sumirse en otro.

Este "creyente" personifica la actitud del hombre que ha inventado a Dios, para que El sea su regazo protector. En resumen, el "creyente" cree, para no creerse a sí mismo.

"No os habíais buscado aún a vosotros: entonces me encontrastes. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco toda fe".

Z. P I, De la virtud.

Este es el sentido en que se ha proyectado parte del pensamiento nietzscheano, y nos aventuramos a afirmar, es la forma en que Sartre lo expresa en el "*Diablo y el buen Dios*".

En consecuencia, Zaratustra, como maestro que no quiere seguidores "fieles", deja solos a sus discípulos. Y solamente anuncia un posible retorno ante discípulos que se hayan encontrado a sí mismos:

"Ahora os ordeno que me perdáis a mí y que os encontréis a vosotros; y sólo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré entre vosotros".

Z. *idem*.

Para nosotros, sin embargo, su anuncio del retorno es, fundamentalmente, el anuncio del "mediodía", esto es, el momento en que el hombre haya decidido ser superado, y se embarque en la tarea de preparar el camino al superhombre. Y este propósito: el de ser verdaderamente puente, no es otra cosa que el percatarse de la necesidad e impulsarla libremente, de hundirse en el "ocaso". El hombre llega a su atardecer, no para perderse en una muerte estéril, sino para lograr el próximo paso en la carrera del devenir: el superhombre.

"La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso".

Z. Prólogo. Nº 4.

Para Nietzsche, solamente quien decide alcanzar su ocaso, ha cumplido con su destino y ha alcanzado su plenitud. Doctrina trágica pero que engrandece!

Por consiguiente, Zaratustra puede grabar en sus discípulos su última gran sentencia:

"Muertos están todos los dioses: ahora queremos que viva el superhombre —¡Sea ésta alguna vez, en el gran mediodía, nuestra última voluntad!".

Z. PI, De la voluntad...